



## EL LDO. DON TADEO CRISTOBAL

I

### Conocimiento imprevisto

Existe en la Biblioteca Nacional de París un antiguo documento que debe haber sido muy poco consultado desde el día en que ocupó un lugar en los estantes cubiertos de polvo de la sección de manuscritos. Es un ensayo acerca de los dialectos de las razas indias del Nuevo mundo por Fray Alonso Urbano, de la Orden de San Agustín.

Tal vez ninguno, sino yo, conozca la serie de circunstancias que llevaron de Méjico á París el curioso documento, como que yo mismo fui el portador de la obra inédita de aquel religioso.

El acontecimiento que la puso en mis manos no se borrará nunca de mi memoria, y el trabajo de fray Alonso, aparte de su valor filológico, tiene á mis ojos, grande interés, pues me recuerda mis relaciones con uno de los personajes más extraños que conocí en Méjico.

Por novelesca que parezca la historia de esas relaciones se halla ajustada á la verdad, sin la menor exageración. No hay que olvidar que en Méjico la novela es inseparable de las costumbres, y que el que quiera pintar fielmente esas costumbres excepcionales talvez pasará por narrador poco escrupuloso, cuando no es más que fiel historiador.

A principios del año 1835 tenía yo en Méjico un asunto difícil y espinoso. Se trataba del cobro problemático de un cuantioso crédito contra una persona de cuyo paradero no había el menor indicio. El caso requería iniciativas y actividad, y me dirigí á varios abogados á quienes se conocía por su eficacia para asuntos de tal naturaleza. Antes de saber el nombre del deudor á todos les parecía la cosa posible, pero en cuanto oían dicho nombre, que es el de D. Dionisio Peralta, todos sucesivamente se iban retrayendo, y contestaban á mi proposición con las más extrañas evasivas.

El uno alegaba su antiguo compadrazgo con el señor Peralta; otro que no quería indisponerse con una persona tan servicial como mi deudor; otro recordaba casi enternecido su amistad con él desde la infancia; y así los demás. Por fin dí con uno que me habló con franqueza, diciendo que tales inconvenientes y escrúpulos en el fondo ocultaban una sola cosa: el miedo á una estocada; recurso que el Sr. Peralta había empleado más de una vez para poner término á reclamaciones por ese estilo.

—¿Que debo hacer, pues? le pregunté al abogado franco.

—En mi concepto no hay más que una persona que pueda encargarse del asunto de V.

—¿Quién es?

—El licenciado don Tadeo Cristobal.

—¿Será hombre de recursos para todo?...

—El único que os conviene: un corazón de piedra y un brazo de hierro.

Fuí corriendo á la calle de los Batanes donde, según me dijeron, vivía don Tadeo; más se había mudado de casa, y nadie supo ó quiso enterarme de su nuevo domicilio.

Muy desanimado al espirar un día que había empleado inutilmente en correrías é investigaciones acerca de mi hombre, me paseaba por los soportales de los Mercaderes de la Plaza Mayor. Había resuelto pedir noticias de don Tadeo á los memorialistas, cuyas barracas de madera, situadas en aquellos pórticos, son centros de noticias, á todas horas abiertos. Entre el brillante comercio y pintorescas industrias que campean en los soportales forman los memorialistas una corporación bajo todos conceptos respetable. Hay que tener en cuenta que la instrucción primaria hasta ahora deja bastante que desear en la nación mejicana.

A aquella clase de escribientes los llaman *evangelistas* y su docil pluma es solicitada para mil asuntos desde la carta amorosa hasta la esquila del matón para atraer á su víctima á una emboscada.

El evangelista que atrajo singularmente mi atención entre sus compañeros, era de baja estatura y calvo, y animaba su fisonomía una expresión de jovialidad sarcástica.

Ya me encaminaba hacia él cuando me detuvo un incidente más largo de lo que yo esperaba. Había llegado á la barraca del evangelista una joven cuya larga y rizada cabellera salía en desorden por debajo de su rebocíño; su color trigueño, los torneados hombros, que dejaba casi al descubierto su camisa de tela fina guarnecida de encajes y su cuerpo esbelto, realzado por elegantísimo corpiño, denunciaban á la legua á una *china*; una manola mejicana de pura raza.

—¡Tío Luquillas! le dijo.

—¿Que hay? respondió el evangelista.

—Necesito de V.

—Lo dudo mucho.

Y creyendo él haber adivinado el objeto de la visita, desdobló muy satisfecho un pliego de papel fino de color de rosa, adornado de Cupidos; pero la china hizo con su linda mano una señal de impaciencia.

—¿Que quiere V. que haga de ese papelito un hombre que va á morir?

—¡Diablo! murmuró el memorialista sin conmovirse, mientras la joven enjugaba sus lágrimas con una de sus hermosas trenzas. ¿Se trata, pues, de una despedida?

Un comprimido sollozo fué la respuesta de la joven, é inclinándose después al oído de él, le dictó una carta muy corta, deteniéndose algunas veces á tomar aliento y dar rienda suelta á su llanto.

No era yo la única persona que contemplaba ese cuadro; todos cuantos pasaban por delante de la barraca dirigían á la bella china una mirada de compasión y de curiosidad.

Luquillas acababa de doblar la carta, y no faltaba sino el sobre, cuando un transeunte se acercó á ellos; su fisonomía no me era desconocida; recordé que, sentado junto á mi pocos días antes, en la plaza de toros, me había explicado como inteligente, las peripecias de un espectáculo por el cual he tenido siempre verdadera pasión. Frisaba en los cuarenta años y sus facciones no carecían de nobleza, á pesar de la acentuada expresión de ironía que á veces las alteraba.

Y aunque no hubiera sido por la fisonomía le habría reconocido por el traje: el taurómaco inteligente llevaba una capa con vueltas encarnadas y un ancho sombrero gris con galones de oro.

—¿Para quién es esa carta hija mia? preguntó á la china.

Esta señaló con la mano la cárcel del palacio presidencial y pronunció un nombre que no pude oír.

—¡Ahl ¿es para Pepito? repuso él en alta voz.

—Si señor, y no se como hacerla llegar á sus manos.

—No se aflija V; hay una ocasión.

En este momento la gente abandonó los pórticos y se precipitó á la Plaza.

¿Que pasaba? Lo que era frecuente en Méjico en aquella época: un asesinato en medio de la vía pública. Acababan de prender al asesino y recoger á la víctima y los celadores llevaban al primero á la cárcel más próxima, que era precisamente donde estaba el amante de la china.

El cortejo ofrecía singular originalidad: marchaba á la cabeza un mozo de cordel, llevando á sus espaldas una silla, en la cual iba atado el cadáver, envuelto en un cobertor ensangrentado; seguía después el asesino entre cuatro soldados y cerraban la marcha curiosos y amigos de la víctima, exhibiendo su indignación ó su pena.

De todos esos hombres, más ó menos impresionados, el más tranquilo era el asesino, que fumaba su cigarrillo con pasmosa indiferencia dirigiendo á su víctima de cuando en cuando reproches que, con gran sorpresa suya, al parecer, quedaban sin contestación. Véase la muestra:

—Vamos, Panchito, basta de bromas pesadas; ya sabes que no tengo medios para pagar á tu mujer una pensión. Puedes hacerte el muerto cuanto te plazca, pero no me engañas á mí.

Pero Panchito estaba muerto de veras, por más que dijese el asesino, y todo mi cuerpo se estremeció al pasar por delante de mí aquel cadáver, cuyos ojos conservaban una espantosa fijeza, á pesar de los rayos del sol.

El taurómaco debía estar sin duda más acostumbrado que yo á espectáculos de esa especie, pues, yendo al encuentro del cortejo, se paró junto al asesino y le dijo:

—Tu debes conocer á Pepito, el que debe ser ahorcado mañana.

—Ya lo creo que lo conozco! Es mi compadre.

—Pues bien: como á tí no han de ejecutarte primero que á él, y le verás ahora mismo en la cárcel, hazme el favor de entregarle esta carta de mi parte.

—¡Ahl caballero, interrumpió en este momento la hermosa joven, arrojándose á los pies del asesino con el rostro bañado en lágrimas, ¡por la sangre de Nuestro Señor, y por la Virgen de los Dolores, no se olvide V. de entregarle esta carta de despedida!

—¡Si, linda mía, sí!... Yo también tengo un corazón sensible, respondió el asesino, y si ese condenado de Panchito, que se ha empeñado en mortificarme siempre, juro á V. que no estaría aquí. ¡Tranquilícese Vd. preciosa de mi alma, que entregaré la carta á Pepito!

Dió término á este coloquio el del sombrero galeoneado de oro poniendo una moneda en la mano del preso, y este siguió con sus conductores á la cárcel.

Hacia allá se fué también la china en medio de un grupo de mujeres que trataban de consolarla con la exquisita sensibilidad propia de las mejicanas. Sentóse al pie del sombrío muro de la cárcel, y allí quedó inmóvil, cubriéndose con el rebocío.

El taurómaco había desaparecido entre la muchedumbre.

Me acerque á la barraca de Luquillas.

—¿Hace V. el favor de decirme en donde vive el licenciado don Tadeo Cristobal?

—¿Don Tadeo Cristobal? ¡Si ahora mismo estaba aquí!

—¿El mismo?

—Sí señor. ¿No ha visto V. con que amabilidad se ha encargado de hacer llegar á manos del bandido Pepito la carta que me había dictado una de las *chinas* más lindas de Méjico?

—¿Con que es don Tadeo el de la capa de embozo encarnado?

—Sin duda.

—¿Y en donde podría encontrarle ahora?

—No lo se, pues, á decir verdad, no tiene domicilio fijo. Sin embargo, si tiene V. que hablarle de algún negocio urgente vaya esta noche misma, entre nueve y diez, al callejón del Arco, y le hallará sin falta en la última casa de la derecha, yendo de la plaza.

Di al memorialista gracias y propina, y me encaminé al callejón del Arco. Aunque no eran más que las siete quería conocer la casa. La experiencia me había mostrado que estas prevenciones no eran inútiles en Méjico, sobre todo al recordar que aquel sitio era conocido como uno de los más siniestros, según repetidas veces me habían dicho.

Su aspecto justificaba tan mala fama. La manzana de casas conocida con el nombre de Empedradillo, y á que pertenecen los soportales de los Mercaderes, no forman una línea compacta: al frente por la parte de la catedral, se abre una calle estrecha para penetrar en el interior del Empedradillo: ese es el callejón del Arco. Al verla diríase que es una de esas cavernas que el Océano abre á veces entre las rocas.

Cuando deslumbrado aun por los ardientes rayos del sol que inundan la Plaza, y que se estrellan como chorros movibles contra las blancas paredes de las casas ó el granito de las aceras, se entra en esa calle tortuosa y oscura, los ojos no distinguen hasta después de un rato otra callejuela que corta á aquella en ángulo recto, formando con ella un antro temible.

Allí, como en las cavernas de la costa, no se oye el ruido exterior, á no ser un murmullo sordo. Varias tiendas de cordelería, puertas macizas herméticamente cerradas, y algunos sombríos balcones, entreabiertos acá ó acullá, son los que revelan únicamente que

pertenecen á una ciudad. Las paredes están cubiertas de una humedad perenne, y solo en pleno verano, á medio día, es cuando penetra fúrtivamente un rayo de sol en este sitio lúgubre. Entonces se anima un poco la calle, hasta que, extinguido aquel rayo, todo vuelve á sumergirse en el silencio y en las tinieblas.

¿Y era allí en una de esas casas siniestras, donde debía encontrar el único hombre que, según me habían dicho, podía llevar á buen término un asunto inabordable para todos los legistas de Méjico?

Detúveme á reflexionar un rato, contemplando aquel singular sitio escogido para despacho de un jurisconsulto; y recordaba vivamente lo que había pasado en la plaza aquella mañana. ¿Como explicar el tono de familiar franqueza de don Tadeo con aquel asesino, á quién en mi presencia entregara la carta de la *china* para otro miserable? Esta extraña intimidad de un abogado con gentes de tal ralea me pareció desde luego de mal agüero, más el asunto era de harto grande interés para mí, y, por otra parte, hay apariencias que engañan.

Por consecuencia salí del callejón del Arco, resuelto á volver allí dos horas después.



## II

## El héroe

Había anochecido ya. Era una de esas noches de Mayo en que la claridad de la luna da á Méjico un aspecto maravilloso. Bajo los trópicos despliega la luna voluptuosa magnificencia, desconocida en los climas nebulosos. En la Plaza Mayor no había tanta gente como antes de ponerse el sol: los paseantes hablaban en voz baja, cual si temiesen turbar la tranquilidad de esta noche plácida.

Por allí, bajo el ancho abrigo del traje nacional, encontré más de una pareja misteriosa, de esas que alimentan la crónica maldiciente de los salones. Nada digo de los aventureros, que tanto abundan en Méjico, tipos de perdonavidas, que arrastran por las aceras sus pesados sables de vaina de acero, ó hacen resonar sus chillonas espuelas. Preocupado con mi propósito, no reparé en ninguno, y me dirigí lentamente al callejón del Arco, no sin algún desasosiego.

Al primer paso en la sombría callejuela me dió en el rostro una corriente de aire frío, como el que sale de una gruta; parecía penetrarme hasta los huesos.